

LA REESTRUCTURACIÓN PARA LA MISIÓN

*Jesús Díaz Sariego, OP
Vicepresidente de la CONFER*

Introducción

El título de esta Asamblea, como bien sabéis, está tomado de la Sagrada Escritura, de la carta a los Efesios, *'Sabed cuál es la esperanza a la que habéis sido llamados'*. En la Palabra de Dios encontramos la motivación para conocer en profundidad, esto es 'saber', la esperanza a la que hemos sido convocados. Conocer esta esperanza tiene sus consecuencias, entre otras, *la (necesaria) reestructuración para la misión*. A esto es a lo que vamos a dedicar esta sesión. No lograremos descubrir la esperanza a la que hemos sido convocados si nos alejamos de la reflexión (del discernimiento interior) y de la experiencia que viene desde otros lugares (de la vida, de lo que está fuera de nosotros mismos, de los demás, de las circunstancias, del momento en el que nos encontremos).

Parto de este planteamiento: desde hace un tiempo para acá oímos cada vez con más frecuencia que no nos encontramos simplemente en una época de cambios, sino en un cambio de época. Un cambio de época que nos puede estar descolocando. Uno de los elementos más significativos y, por lo tanto, constitutivos de este cambio de época es el siguiente: la calidad del compromiso y de las opciones personales se vinculan, de manera preferente en nuestro caso, a la fuerza que ponemos en nuestro compromiso y a las opciones organizativas en, a través de las cuales, se llevan a cabo esas opciones personales, es decir, se vinculan a las instituciones y estructuras que tenemos².

Puedo decirlo de otra forma: el compromiso y las opciones personales de cada religiosa/o, en la actualidad, busca encontrarse -vincularse- con el compromiso y las opciones de las instituciones a las que pertenece. Cuando esto no se da surgen las decepciones de todo tipo.

Los procesos de reestructuración que hemos venido teniendo a lo largo de estos años en los diversos Institutos y familias religiosas nos sitúan ante una doble conversión para reestructurar mejor la misión: la personal de cada consagrado/a y la institucional y/o estructural.

La actitud de conversión, la dinámica de los cambios personales e institucionales desde el Evangelio, nos lleva a la fidelidad: Fidelidad personal a nuestra consagración como religiosos/as y fidelidad de las instituciones a los "signos de los tiempos" que debemos acertar a leer, interpretar y escrudiñar.

Si bien es verdad que los procesos de reestructuración en las Familias Religiosas los hemos ido haciendo por exigencias del momento, por necesidad, por urgencia organizativa o como

¹ 'Saber': hace referencia a lograr conocimientos 'amplios' (Horizonte) y profundos (interioridad) que se adquiere mediante el estudio (la reflexión) y/o la experiencia (la vida, la observación).

² He tomado esta idea de los cuadernillos que publica la Compañía de Jesús (*Cristianismo i justicia*). En concreto el n. 89-90 y que lleva por título *Discernimiento comunitario Apostólico (DCA)*. *Textos fundamentales de la Compañía de Jesús*.

respuesta a la debilidad personal y estructural, hemos de lograr ver en todo ello “la gracia de Dios”, “el amor de Dios”. Hagamos, por tanto, de la necesidad virtud.

Hemos realizado reestructuraciones por necesidad, es verdad, pero también por fidelidad. En la “novedad” de nuestras estructuras hemos de mostrar, o en todo caso, buscar, respuestas de fidelidad. La experiencia humana de carencia (envejecimiento, falta de vocaciones, pérdida de relevancia social, sensación de fracaso si fuera el caso, etc.), ha de volcarse como “experiencia teológica”. ¿Acaso la debilidad en la que nos encontramos, con respecto a otros tiempos más gloriosos para nosotros, al menos en número, no sea un modo que Dios tiene para hacernos caer en la cuenta de que el punto de apoyo fundamental es Él y no nuestras fuerzas, ni la vitalidad de nuestras instituciones? Sirva esta pregunta, más bien exclamación, como ejemplo de los descentramientos a los que se ve sometida la vida consagrada estos últimos tiempos.

Un ejemplo tomado del Evangelio de Marcos³. Marcos nos muestra en estos versículos el éxito apostólico de Jesús en Cafarnaúm. Un éxito realmente extraordinario. Su predicación, a través de los milagros de curación que realiza, alcanzan una gran fama en la comarca. Todos estaban muy contentos y satisfechos con el Maestro. La tentación de sus discípulos fue la de quedarse ahí. Pero, Jesús por su parte, después de la experiencia apostólica se fue a orar. Podríamos decir que hizo un ‘examen’ de su experiencia positiva ante el Padre, como un primer momento de discernimiento sobre su próximo paso. Jesús, siguiendo al Espíritu, elige ir a otras partes... Una misión renovada, fue a otra frontera.

Tal vez este pueda ser un modelo para nuestras Congregaciones e Institutos, para evitar quedarnos donde estamos cómodos, donde estamos acostumbrados y donde hemos tenido un éxito apostólico importante. Necesitamos evaluar nuestro compromiso apostólico y avanzar examinando nuestra experiencia, agradeciendo a Dios por lo que Él ha estado haciendo a través de nosotros y que nos haga disponibles para avanzar en una nueva dirección. Él nos irá mostrando cómo quiere que colaboremos con su acción en este momento particular de la historia de la humanidad. Un modelo que requiere discernimiento en común.

1.- Reestructuración y fidelidad

Hemos de hablar más, por tanto, entre nosotros, de reestructuración para la misión por la fidelidad al Dios que nos descubre los signos de los tiempos que por nuestras carencias o éxitos humanos no acertamos a vislumbrar. Si constatamos una vinculación muy estrecha entre las opciones personales de los religiosos/as y las opciones de las instituciones a las que pertenecemos surge ya una primera tensión. Aquella que se debate entre el discernimiento de las opciones y las planificaciones o programaciones o actividades apostólicas, etc. en las que se debaten las instituciones. Desde este planteamiento hemos de abordar, según mi propia percepción de las cosas, las cuestiones o preguntas que nos plantea la “reestructuración para la misión”.

³ De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración. Simón y sus compañeros fueron en su busca; al encontrarle, le dicen: ‘todos te buscan’. Él les dice: ‘Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique; pues para eso he salido’. Y recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios (Mc 1, 29-39). Después de este relato, Marcos habla de la curación de un leproso. Ante el éxito de la curación Jesús insta al leproso a que no diga nada, (Le despidió prohibiéndole severamente: mira no digas nada a nadie, dice el texto) simplemente le pide que se presente al sacerdote y presente su ofrenda para la purificación.

Hoy vamos a plantear dos preguntas. Ambas tienen que ver con la calidad y el compromiso de la Vida Consagrada hoy, **con su fidelidad y conversión**. Ambas se inspiran en la lectura que podemos hacer de la Sagrada Escritura.

1.1.- Primera pregunta

Tiene que ver con respecto a la conversión personal, es decir, a la calidad del compromiso y de las opciones personales de los religiosos/as. Sin esta calidad personal no 'hay reestructuración para la misión'. Se precisa también la conversión personal. Hablamos ahora de la persona concreta, de los consagrados con nombre y apellidos, de los miembros que forman parte de nuestras instituciones, de aquellos a los que aquí representamos. Que cada Superior/a piense ahora en sus religiosas, en sus frailes, en sus monjas, en sus monjes... Nos surgen algunas preguntas a este respecto. Así:

Como Superiores Mayores que somos

- *¿Conocemos el corazón de nuestras hermanas o hermanos?*
- *¿Qué latidos escuchamos?*
- *¿Qué acogemos y qué no logramos entender del todo?*
- *¿Qué podemos decir de ellos o de ellas?*
- *¿Qué aceptamos o qué rechazamos de ellos o de ellas?*
- *¿Qué novedad trae Dios en los hermanos/as más jóvenes?*

1.1.1.- Dice la Escritura:

¡En aquel tiempo Jesús dijo a sus discípulos: en verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará" (Jn 12, 24-26)



La primera cuestión tiene que ver con la experiencia de Dios, con la fe de nuestros hermanos/as. Cada uno de nosotros, y por tanto también cada uno de los religiosos de nuestros Institutos y Congregaciones es la tierra en la que cae "un grano de trigo". Así decía el texto de la canción que oímos ayer en la oración inicial de esta Asamblea:

*Somos tierra, somos tierra
tierra en riesgo o tierra seca.
Somos tierra con su mezcla
de raíz, espino, abono y piedras.
Sí, con toso somos tierra
que anhela tu incansable siembra.*

Cada uno de nosotros estamos llamados, al menos, **a cuatro cosas**:

- “A ser tierra”, al contacto con la tierra, con las raíces, con la realidad (si el grano de trigo no cae en tierra no surge nueva vida. Sin el contacto con la raíz, con nuestros orígenes, no hay renovación);
- a la entrega de la vida (si el grano de trigo no muere. Ir entregando la vida. Ir entregando el don de Dios que hemos recibido, que nos ha fecundado, a los demás, al mundo);
- a la experiencia pascual de Jesús y de la nuestra, (vida eterna);
- a hacer fructificar el don de Dios en nosotros cuando le seguimos y servimos a su causa, que no es otra que la causa del Reino (‘Si alguno me sirve, que me siga...’).

Estos son criterios básicos de la vida de un religioso.

“Significa que la fe, dice el Papa Francisco, no es una cosa decorativa, ornamental; vivir la fe no es decorar la vida con un poco de religión, como si fuese un pastel que se le decora con nata [betún]. No, la fe no es esto. La fe comporta elegir a Dios como criterio base de la vida, y Dios no es vacío, Dios no es neutro, Dios es siempre positivo, Dios es amor, y el amor es positivo. Después de que Jesús vino al mundo no se puede actuar como si no conociéramos a Dios. Como si fuese una cosa abstracta, vacía, de referencia puramente nominal; no, Dios tiene un rostro concreto, tiene un nombre: Dios es misericordia, Dios es fidelidad, es vida que se dona a todos nosotros”.

No podemos reestructurar la misión sin percatarnos de esta conversión en nuestros propios hermanos/as. Si Dios es Amor y el amor es positivo, está en cada uno de nosotros. Hemos de escuchar su presencia en cada uno de nuestros hermanos/as.

1.1.2.- La fe es paradójica

El texto anterior de Juan habla desde un contexto pascual. Jesús anuncia su glorificación por la muerte. Estamos ante esas grandes paradojas del Evangelio que se muestran en aparente contradicción con el sentido común. Los consagrados estamos sometidos constantemente a la tensión de vivir las supuestas contradicciones de las paradojas a las que nos somete el Evangelio.

Edouardo Albinati, en su novela *La Escuela Católica*, en un momento dado hace decir al protagonista de la misma que “ [...] *no hay nadie como los curas por la habilidad que muestran a la hora de asumir las contradicciones: ante el difunto afirman que no está muerto, sino que vive y, además, vive para siempre; si quieres ser el primero ponte el último; si el grano de trigo muere da mucho fruto, etc. [...]*”

La metáfora que nos recordaba ayer Montse (Escribano)⁴: *“las mujeres van al sepulcro buscando a un muerto y resulta que se encuentran con un resucitado”*. En nuestras reestructuraciones podemos ir buscando la muerte de las instituciones y, sin embargo, podemos toparnos con la vida. Una paradoja más de la fe. Por eso la fe es radical. El texto evangélico de Juan nos habla de radicalidad: la vida y la muerte, el servicio y la entrega, amar la vida o perderla, aborrecerla o ganarla, etc.

⁴ Ponente que estuvo en la Asamblea en la tarde del día anterior

1.2.- Segunda pregunta

Tiene que ver con la conversión institucional y/o estructural, es decir, con respecto a la calidad del compromiso y de las opciones organizativas e institucionales. Hablamos ahora de la Institución.

Tenemos claro que sin una calidad institucional cada carisma, por mucha fuerza y dinamismo que tengan sus miembros, no es posible “reestructurar la misión”. Se precisa también la “conversión institucional”, el cambio y la evolución de nuestras estructuras e instituciones, de nuestras mediaciones para la predicación, de nuestros lenguajes y programas. Que cada superior/a piense en este momento en su Congregación o Instituto desde su dimensión más institucional y/u organizativa. Nos surgen algunas preguntas a este respecto. Así:

Como Superiores Mayores que somos y como responsables de velar por los fines carismáticos de nuestras Congregaciones:

- *¿Cómo articulamos en nuestras instituciones la sana tensión entre ‘discernimiento’ y ‘programas apostólicos y pastorales’?*
- *¿Nuestras instituciones son rígidas? ¿Son flexibles? ¿Son elásticas? ¿En sus signos de muerte buscan la vida?*
- *¿Sus odres son capaces de ‘alojar’ el vino nuevo?*
- *¿Sobrevivimos o acometemos procesos?*
- *¿Atendemos urgencias y/o abrimos horizontes?*

1.2.1.- Dice la Escritura:

“¡Conque sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir los signos de los tiempos!” (Mt 16, 3b).

Así se expresa Jesús en su diálogo con los fariseos y saduceos cuando le piden un signo del cielo para creer en Él.

Lucas también retoma las señales de los tiempos cuando se percata de la desconfianza de la gente a la que dirige su mensaje, quizás con más aspereza en sus palabras cuando les dice: *“¡Hipócritas! Sabéis explorar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no exploráis, pues, este tiempo?” (Lc 12, 56).*

La escasez de vocaciones en nuestro contexto sociocultural y religioso, con respecto a lo que hemos conocido hace bastantes años ¿es un signo de los tiempos? El envejecimiento de los religiosos/as que han dado, entregado su vida, ¿es un signo de los tiempos? La indiferencia social, incluso la incompreensión de los religiosos/as, ¿es un signo de los tiempos? ⁵

⁵ El Papa Francisco meditó hoy sobre los “signos de los tiempos” y cómo el cristiano está llamado a interpretarlos a través **del silencio, la reflexión y la oración** gracias a la libertad que ha donado al hombre.

En la homilía de la Misa de la Casa Santa Marta, el Pontífice explicó que “para entender los signos de los tiempos, antes que nada es necesario **el silencio: hacer silencio y observar**. Y después **reflexionar** dentro de nosotros. Un ejemplo: ¿Por qué ha ocurrido algo? **Y orar...** silencio, reflexión y **oración**. Solamente así podremos entender los signos de los tiempos, qué quiere decir Jesús”.

En su opinión todos pueden entender los signos de los tiempos, no solo los intelectuales. Jesús no dice “miren cómo hacen los universitarios, miren cómo hacen los doctores, miren cómo hacen los intelectuales...”. Jesús

¿No se nos brindará la oportunidad de ‘volver a los orígenes de la fe cristiana’ cuando desde la escasez de recursos humanos, de recursos culturales (el cristianismo y su experiencia era totalmente marginal), etc., lograron ser ‘levadura’ en el mundo?

1.2.2.- ¿Cómo explorar nuestro tiempo?

Nos reestructuramos para la misión, hemos dicho, por FIDELIDAD a los ‘signos de los tiempos’, es decir, a la acción de Dios en el devenir de la historia. Pero hemos de reconocer que la ‘exploración de nuestro tiempo’ nos está resultando difícil, desconcertante, sin saber muy bien cuál es nuestro horizonte y el de nuestras instituciones.

Por otro lado, somos conscientes de que en nuestro tiempo seguimos siendo convocados para la Misión. Es un tiempo, el nuestro, en el que debemos escuchar (oír) en nuestra situación concreta como consagrados/as esta llamada de Dios: ‘salir de la propia comodidad (de la propia área de confort) y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio’. Esta es nuestra misión hoy.

Este ejercicio de discernimiento eclesial nos empuja a ‘emprender nuevos pasos para que los ideales y la doctrina tomen carne en la vida’: sistemas, estructuras, diaconías, estilos, relaciones y lenguajes. Este ejercicio de discernimiento debe llevarnos a detectar prácticas inadecuadas, indicar procesos bloqueados, plantear preguntas concretas, interrogar sobre las estructuras de relación, de gobierno y formación acerca del apoyo real que se da a la forma evangélica de vida de las personas consagradas. Así nos hablaba la CIVCSVA en su plenaria de noviembre del 2014 sobre el tema ‘*vino nuevo en odres nuevos*’.

1.2.3.- *Vino nuevo en odres nuevos (Mc 2, 22)*

En definitiva: se trata de probar con parresia⁶ los odres más aptos para custodiar **los vinos nuevos** que el Espíritu y la gracia de Dios siguen dando a su Iglesia, exhortando a poner en marcha cambios con acciones concretas a breve y a largo plazo.

La imagen revela con claridad que las formas institucionales, religiosas y simbólicas necesitan ganar siempre en elasticidad. Sin la necesaria elasticidad ninguna forma institucional, por venerable que sea, puede aguantar las tensiones de la vida, ni tampoco puede responder a las llamadas de la historia.

La no rigidez de los odres nos permite abrirnos a ‘nuevas promesas’. No podemos caer en la tentación de ajustarnos tácticamente para evitar las continuas llamadas a la conversión del corazón.

habla a los campesinos que “en su simplicidad” saben “distinguir el grano de la cizaña”. “Los tiempos cambian y nosotros los cristianos debemos cambiar continuamente. Debemos cambiar **firmer en la fe en Jesucristo**, firmes en la verdad del Evangelio, **pero nuestra actitud** debe moverse continuamente según los signos de los tiempos”.

⁶ En la retórica clásica, la parresía era una manera de «hablar con franqueza o de excusarse por hablar así». ¹ El término está tomado del griego παρρησία (παν = todo + ρησις / ρημα = locución / discurso) que significa literalmente «decirlo todo» y, por extensión, «hablar libremente», «hablar atrevidamente» o «atrevimiento». Implica no solo la libertad de expresión sino la obligación de hablar con la verdad para el bien común, incluso frente al peligro individual.

Esta novedad de Jesús exige no solamente acogida, sino también discernimiento. Es necesario crear estructuras que sean realmente aptas para custodiar la riqueza innovadora del Evangelio con el fin de vivirla y ponerla al servicio de todos, conservando su calidad y bondad.

El mensaje del Evangelio no puede reducirse a algo puramente sociológico. Se trata de una orientación espiritual que permanece siempre nueva. Se requiere apertura mental para imaginar modos de seguimiento, profético y carismático, vivido según esquemas apropiados y quizás inéditos. Esas estructuras han de estar realmente a la altura de las expectativas y de los desafíos. Una renovación incapaz de tocar y cambiar las estructuras, además del corazón, no lleva a un cambio real y duradero.

Se trata de pasar de un simple administrar realidades bien conocidas a guiar hacia metas e ideales con una convicción que engendre una verdadera confianza. Esto supone no contentarse con estrategias de mero sobrevivir, sino que exige la libertad necesaria para acometer procesos, tal y como nos sigue recordando el papa Francisco. Sobre todo, se necesita cada vez más un ministerio de guía capaz de solicitar una verdadera sinodalidad alimentando un dinamismo de sinergia. Solo en esa comunión de esfuerzos será posible gestionar la transición con paciencia, con sabiduría y con visión de futuro.

Las situaciones pueden obligarnos a vivir más de urgencias que de horizontes. A veces la vida consagrada está casi completamente replegada sobre la gestión de lo cotidiano o, sencillamente, en un ejercicio de supervivencia. Esta manera de afrontar la realidad menoscaba una vida llena de sentido y capaz de ser un testimonio profético. Menos tiempo para atajar problemas y más tiempo para idear recorridos.

A estas alturas del camino es bueno y necesario pararse para discernir la calidad y la sazón del vino nuevo que se ha producido gracias a la larga temporada de renovación postconciliar. Es oportuno plantearse algunas reflexiones más que pueden interrogarnos a fondo en lo que hacemos. Por ejemplo:

- La *primera* tiene que ver con *la armonía y coherencia* entre las estructuras, los organismos, los roles, los estilos existentes desde hace tiempo y los que han sido introducidos en estos años para responder al mandato conciliar.
- La *segunda* lleva a considerar si los elementos de mediación presentes hoy en la vida consagrada están en condiciones de *acoger las novedades* más evidentes y sostener -según la metáfora del vino nuevo que fermenta y bulle- su necesaria transición hacia la total estabilidad.
- Por *último*, podemos preguntarnos si lo que gustamos y ofrecemos para beber es realmente vino nuevo, denso y sano, o si, pese a las buenas intenciones y esfuerzos loables, se trata de un vino bautizado para hacer frente a las ácidas consecuencias de una vendimia mal hecho o de sarmientos mal podados.

3.- CONCLUSIONES

3.1.- La Vida Religiosa es fruto de la lectura de la Escritura en su conjunto

- La vida consagrada es un producto, en el cristianismo, originado de la lectura de las Escrituras como conjunto, principalmente del Nuevo Testamento en sus líneas de fuerza más significativas y de la acción del Espíritu en ellas prometido.

- No se busca, con ello, un afán apologético de la Vida Consagrada. Lo que se pretende mostrar no es sólo eso, sino que es tal el enraizamiento de la vida religiosa en las Escrituras que, para conocerla, reformarla y hablar de su futuro, hemos de contar siempre con el texto sagrado que es el responsable directo de los ideales del estado religioso.

- Los ideales son la esencia de la vida religiosa y son los que determinan, dada la naturaleza humana, las variadas formas en la organización y manifestación concreta de este tipo de vivir. Los ideales de la vida religiosa son aquellos hacia los que todas sus formas concretas confluyen, por distintas Reglas o Constituciones que las organicen; es decir, hacia una consagración en el sentido bíblico, de dedicación, con el corazón indiviso para Dios y el prójimo, para toda la vida y con libertad ante los bienes de este mundo.

Porque ha sido uno cautivado por los valores del Reino de Dios de cuya presencia el religioso se hace testigo ante el mundo en una especie de parábola en acción: actitud profética que revela de modo original algo muy esencial en la Iglesia. Al precisar los ideales, se reconoce que en su realización histórica ha habido falsificaciones, relajaciones o rigorismos que no fueron según la Escritura. Por eso, las reformas han representado una vuelta a la Escritura como lo es toda conversión cristiana.

- Decir que la vida religiosa es conforme a las Escrituras o está enraizada en ellas no es nada presuntuoso —aunque es, ciertamente, lo máximo que de ella podemos decir— porque equivale a afirmar que es una forma de vida cristiana. Entendida así la expresión queda vedado todo espíritu de clase. Nos movemos en el terreno de los carismas en el que cada uno actúa según ‘la multiforme gracia de Dios’ (1 Pe 4, 10), y no se trata de ‘ir más allá de lo que esté escrito’ (1 Cor 4,6), ‘ni de tomar el hombre nada que no le fuere dado del cielo’ (Jn 3, 27). El religioso, como cualquier cristiano, como los Apóstoles de Jesús habrá de decir tras el esfuerzo de su vida: ‘somos siervos insignificantes, lo que teníamos que hacer, eso hicimos’ (Lc 17,10).

- No debemos tener recelo en admitir, a la luz de las precedentes advertencias bíblicas y del conocimiento de los ideales de la vida religiosa, que éstos son algo espontáneo, connatural, dentro de la diversidad de gracias que recibe la Iglesia (cf. Cor 12, 4 ss). No es objeción el que la Iglesia primitiva no conociera u organizase comunidades religiosas de tipo monástico. Los ideales eran bien conocidos, y —a su modo— vividos intensamente. Las circunstancias no permitirán improvisar estas instituciones. Además, la vida religiosa, consagrada, es algo más que un monasterio y unos votos.

- En la Escritura no se diseñarán las Instituciones religiosas de siglos posteriores, sino unos ideales religiosos tan apasionantes, exclusivizantes, definitivos y aproximantes a lo absoluto del Reino, a la supremacía de lo escatológico, que harán necesaria, para muchos espíritus sensibilizados por la gracia de Dios que es multiforme, la puesta en marcha de un modo u otro de los demás elementos integrantes de lo que hoy llamamos vida consagrada, desde los votos y la vida común o solitaria, hasta la *fuga mundi* para la *consecratio mundi*.

Hasta tal punto esto parece ser así que, si una catástrofe cósmica hiciera a los hombres olvidar su pasado y no quedara huella del monacato y hubiera que recomenzar el cristianismo sólo con la guía de las Escrituras, aún sin las tradiciones apostólicas orales, pronto los ideales religiosos cristianos llegarían a plasmarse en formas de vida análogas a las que conoció la historia.

No sería diferente la esencia de la nueva vida religiosa, porque la palabra del Señor permanece y su Espíritu está prometido para siempre. El ambiente histórico influiría en la caracterización de

las formas, pero creo, que se reconocerían hasta los matices de la diversa espiritualidad del pasado, el cual, sin embargo, no ha explorado todas las posibilidades, ni ha asimilado toda la multiforme gracia de Dios. En la verificación de que la vida religiosa fluye de las Escrituras, se toman estas en cuanto forman una revelación, una religión. Se acudirá a textos concretos también; pero la convicción de que la vida religiosa tiene razón de ser la da la armonía del conjunto como anuncio del Reino-Reinado de Dios llegado y que ha de llegar más aún.

- También lo decía Santo Tomás cuando hablaba del fundamento bíblico de la vida religiosa: *La vida según los consejos, tiene su fundamento, primero, en la vida de Cristo y, después, en su predicación en la cual sobresale el mensaje de la pobreza*”. Santo Tomás no es inconvincente, es diáfano, cuando describe la vida religiosa como un trasunto de la vida de Jesús

3.2.- Con respecto a lo que logramos leer en el “corazón de los religiosos”

A base de tanto urgir la misión y el compromiso se debilitó *el ser* de la vida religiosa, y se minusvaloraron dimensiones esenciales e irrenunciables de la misma: el silencio y la oración, la contemplación, la celebración de la fe, el testimonio de la trascendencia... Sin mencionar algunos efectos secundarios y no deseados, que han creado no poco malestar en el interior de las propias comunidades religiosas: valoración de los religiosos por su capacidad laboral y por su eficacia apostólica (e incluso a veces por la rentabilidad económica); discriminación de los ‘no productivos’; gestión de la vida religiosa con criterios empresariales, etc.

Llama la atención la fuerza que van tomando en el discurso interno de las comunidades temas como los propios derechos laborales, los temas referentes a la seguridad, la jubilación... El legítimo y generoso interés inicial por el compromiso apostólico, o el más que deseable celo apostólico, cuando carece de las debidas motivaciones evangélicas o no es bien administrado, puede terminar minando la identidad carismática de la vida religiosa, la misión más específica de ésta.

Tarea urgente para la vida religiosa: la radicalidad primera de esta forma de vida cristiana tiene que ver antes que nada con la fe, con la experiencia de Dios, con la apertura a la trascendencia, con el sentido del Absoluto. El fundamento sobre el cual se asienta la vida religiosa es el descubrimiento del valor absoluto del Reino de Dios y su Justicia.

La primera radicalidad no se refiere a militancias apostólicas, a comportamientos morales o a ejercicios ascéticos. Se refiere a la *experiencia personal de fe*. Este es el elemento fundante e irrenunciable de la vida religiosa. Y es también la fuente de la misión más específica de la vida religiosa en un mundo que vive paradójicamente entre el secularismo creciente y la nostalgia de la experiencia religiosa, entre el encerramiento en la inmanencia y la necesidad de trascendencia, entre el relativismo ilimitado y el ansia de Absoluto. Si la vida religiosa no recupera esta dimensión teológica, no será capaz de dar con su identidad. Si la vida religiosa no recupera esta radicalidad en la fe, podrá darse a sí misma muchas tareas apostólicas, pero no será capaz de desempeñar adecuadamente su misión profética en la Iglesia y en la sociedad.

Esta fe radical, esta experiencia del Absoluto, no es conquista de la búsqueda humana y del esfuerzo ascético. Es experiencia teológica; es don de Dios. Es una oferta gratuita, un don del Espíritu, un encuentro o descubrimiento con el que algunas personas son agraciadas por el Espíritu de Jesús. Es un don que hay que pedir en oración y recibir en humildad y gratitud.

La identidad carismática de la vida religiosa no consiste en la multiplicación de carismas y gestos extraordinarios y espectaculares. Consiste sobre todo y ante todo en que es una vida en el

Espíritu, configurada según el Espíritu de Jesús. No es una vida que nosotros conducimos; es vida carismática en la medida que somos conducidos por el Espíritu. Este criterio y no otro marca la identidad y la hondura carismática de la vida religiosa.

¿Es la fe la experiencia fundante? ¿Es el valor absoluto? ¿La motivación última? ¿La inspiración del sentido y de la misión de la propia vida religiosa?

3.3.- Con respecto a lo que logramos percibir de los ‘signos de los tiempos’

a.- Novedad de Jesús

- Perdonar los pecados y acoger a cada persona en su misterio de sufrimiento es una novedad radical. Esta novedad desestabiliza a quienes están acostumbrados a la simple repetición de un esquema donde todo está previsto y enmarcado. El estilo del que Jesús se sirve para anunciar el Reino de Dios tiene su fundamento en la ley de la libertad (cf. St 2, 12) que permite una manera nueva de entrar en relación con las personas y las situaciones concretas. Este estilo es ‘vino nuevo’ que, sin embargo, puede desgarrar los odres viejos.

b.- Disponibilidad

- Es cada vez más evidente que lo más importante no es conservar las formas, sino la disponibilidad a repensar continuamente la vida consagrada como memoria evangélica de un estado permanente de conversión del que brotan intuiciones y opciones concretas.

c.- La comunidad

- Importancia de la comunidad. Es en la fraternidad donde:
 - Se aprende a acoger a los demás como don de Dios, aceptando sus características positivas junto con sus diversidades y sus límites.
 - Se aprende a compartir los dones recibidos para la edificación de todos.
 - Se aprende la dimensión misionera de la consagración.

d.- Modelos relacionales

- Ningún cambio es posible sin renunciar a esquemas obsoletos para que se abran horizontes nuevos y posibilidades en el gobierno, en la vida en común, en la gestión de los bienes y en la misión. De ninguna manera es posible persistir en una actitud que sabe más a mantenimiento que a una auténtica renovación de estilo y de actitudes.

e.- Causas principales de abandonos

- Cuando se da más importancia a las instituciones que a las personas (¿conocemos el corazón de los religiosos/as? ¿Prestamos atención a los ‘movimientos del corazón en los consagrados/as? ¿Tenemos en cuenta el ritmo del corazón de los célibes/virgenes por el reino?
- El empobrecimiento de visión de la fe (experiencia de Dios); los conflictos en la vida fraterna/sororal; una vida fraterna/sororal carente de humanidad.